

LA MUJER Y EL TRABAJO EN EL JUDAÍSMO. SU PAPEL EN LA CONTEMPORANEIDAD

Graciela Kohan Starcman. Subdirectora de “Raíces. Revista de cultura judía”
raices@dial.edunet.es

Resumen. El propósito de este trabajo es caracterizar el proceso de emancipación de la mujer judía desde los tiempos bíblicos hasta hoy. Mi objetivo es dar una idea de la gran diversidad de posiciones religiosas y de las condiciones familiares, culturales y sociales en que viven las mujeres judías en Europa, Israel y en otros países.

Abstract. The intention of this article is to characterize the process of jewish women's emancipation since the biblical times until the present. It is my objective to describe the great diversity of religious positions and family, cultural and social conditions in the jewish women live in Europa, Israel and in other lands.

Para hablar del rol de la mujer en el judaísmo actual, debemos acercarnos a las raíces que lo sustentan. Aunque esto no es privativo de la mujer judía, nuestros más de tres mil años de historia me obligan a abordar el tema haciendo un breve resumen de los diferentes estilos de vida a través de las épocas y la gran variedad de circunstancias a las que las mujeres se tuvieron que adaptar.

Para referirme al papel de la mujer en el judaísmo, debo inevitablemente comenzar por hablarles de la pluralidad de aquello que entendemos como *judío*.

Cuando, aún en la diáspora, el pueblo judío vivía en su conjunto aferrado a sus formas tradicionales de vida, a nadie se le ocurría formularse la pregunta de ‘quién es judío’. Ha sido la irrupción de la modernidad y la vida de los judíos en los Estados modernos lo que ha traído esta cuestión a debate. Por esto, esta definición aparece como una preocupación –relativamente nueva pero recurrente– del pueblo judío desde los tiempos de lo que se ha considerado el movimiento de la Ilustración judía europea: el Iluminismo o *Haskalá*, del siglo XIX.

Si recorremos el texto que por excelencia habla o define lo judío, la Biblia, no encontramos allí definición alguna de los judíos como grupo religioso ni del judaísmo como religión. Aún en el más significativo evento religioso de toda la narrativa bíblica –la revelación en el Sinaí– se menciona sólo y específicamente a los judíos *como nación*: “Y ustedes serán para mí un reino de sacerdotes y una nación sagrada” (Éxodo 19:6).

Por ello no debemos limitar la identidad judía sólo al marco de una religión. En consecuencia, y para entender mejor de qué estamos hablando, es preciso hacer una previa aclaración léxica sobre los términos *israelita*, *israelí*, *sionista* y *judío*, que aunque los medios los utilicen como sinónimos no lo son.

Israelitas, son los descendientes de Jacob, “los hijos de Israel”. Este concepto define usualmente al pueblo hebreo, cuyas vicisitudes se relatan en la Biblia y durante el posterior período de la Diáspora. Antiguamente definía a los ciudadanos del reino de Israel, para diferenciarlos de los ciudadanos del reino de Judá o Judea. De este último proviene el término “judío”. Cuando estos reinos desaparecieron destruidos por Roma, hacia el año 70 de nuestra era, ambos gentilicios, más el de ‘hebreo’, comenzaron a utilizarse como sinónimos, y al territorio que ocupaban comenzó a llamársele Palestina, o Tierra de Filisteos.

Judío significa genéricamente “perteneciente o relativo a quienes profesan la ley de Moisés” y también se aplica a quienes descienden de progenitores judíos, aunque sean ateos o agnósticos, y a quienes se han convertido a la religión judía.

Israelí, es el gentilicio que define a los ciudadanos del Estado de Israel, sean éstos de origen judío, árabe o filipino, y cuya religión puede ser cristiana, judía, islámica o ninguna.

Sionista es aquel que adhiere al Sionismo, movimiento de emancipación nacional judía fundado a fines del siglo XIX por Theodor Herzl, que propugnaba el retorno de los judíos a Sión, nombre del monte sobre el que se asienta la ciudad de Jerusalén.

En consecuencia, ‘judío’ puede utilizarse como sinónimo defectuoso de ‘israelita’ o de ‘hebreo’, pero nunca de ‘israelí’ o de ‘sionista’. Jesús, por ejemplo, era israelita y profesaba la religión judía. Y el actual alcalde árabe de Nazaret es israelí pero no judío ni sionista.

‘Judío’, además, suele usarse equivocadamente como concepto racial –ya que no existe una raza judía–, o como concepto político: no existe un Estado judío, ni un Ejército judío. Y los conceptos de ‘lengua hebrea’ o ‘cultura hebrea’ hoy se aplican casi exclusivamente a la lengua y la cultura del actual Estado de Israel.

Aclarados estos términos y el alcance del calificativo de ‘judía’ aplicado a las mujeres a las que me voy a referir, puedo comenzar a hablar del papel de la mujer, cabal ejemplo de aquella pluralidad de lo judío a que hice referencia en un comienzo. Voy a remontarme a la época bíblica.

La sociedad hebrea primitiva, como todas las de su tiempo, era patriarcal. La mujer ocupaba una posición subordinada a la del hombre; debía sujetarse a la autoridad paterna hasta que contraía matrimonio, momento en que pasaba a ser propiedad del esposo. Esta costumbre se encuentra ilustrada en la Biblia en la historia de Jacob y Raquel, en la cual él tuvo que trabajar siete años para pagar la dote a su suegro y casarse con su amada. En esa época se establecían distinciones legales claras entre los sexos, en lo referente a la marginación de la mujer y en lo referente a su participación en las actividades religiosas y comunitarias. La mujer no podía servir como jurado ni dar testimonio legal pero, no obstante, se decretaron leyes que prohibían su abuso y el maltrato, y el honor de la mujer era salvaguardado y protegido por encima de todo.

Paralelamente, en la Biblia se relata la historia de mujeres con notable poder: líderes como Miriam, la hermana de Moisés, o Débora, que fue profetisa, jueza y guerrera. Cuando su marido Barac pide a Débora que lo acompañe en la batalla, ella le responde: “Iré contigo, mas no será tuya la gloria de la jornada que emprendes porque en mano de mujer entregará Dios a Sisa” (Jueces IV, 9).

Sin embargo —como pudimos inferir de la historia de Débora— es innegable que junto a la posición dominante patriarcal conviven en los tiempos bíblicos (y también en épocas posteriores) tradiciones que ven en la mujer a un ser esencialmente igual al hombre, dotada de cualidades que le permiten descollar no sólo en el hogar sino también en el ámbito público.

Dentro de esta sociedad surgen refranes y proverbios en los que la imagen de la mujer y la imagen materna ocupan un lugar preponderante. Así, por ejemplo, con las que han venido a ser llamadas ‘las cuatro madres del pueblo judío’: Sara, Rebeca, Raquel y Lea, definidas como pilares de toda una nación.

La mujer, aunque se veía sometida a ciertas limitaciones, estaba obligada a cumplir con mandamientos de importancia, lo que le permitía participar en la vida comunitaria. Era considerada parte esencial en la transmisión de la identidad religiosa en el medio familiar. Como raíz espiritual de la educación, la madre es —hasta nuestros días— responsable de que los valores se transmitan de generación en generación, y también es la responsable de encender las velas que santifican el sábado y otras festividades. Es por ello que dentro de las distintas corrientes religiosas que conforman el judaísmo actual, se considera ‘judío’ —sin exigir ningún otro requisito— a aquel que nace de madre judía, sin ninguna referencia al papel del varón.

En los tiempos post-bíblicos (siglo I de nuestra era) y talmúdicos (siglo V de la era común) el estatus de la mujer judía fue mejorando en su valoración social. Se le concedieron mayores derechos sobre su propiedad privada y se estableció la costumbre de redactar un contrato matrimonial (*ketubá*) por el cual el hombre se compromete a mantener, honrar y apoyar a su esposa.

El papel de la mujer en aquellos tiempos se limitaba a su actuación dentro del hogar. No estaba obligada a cumplir con todos los preceptos religiosos, sobre todo con aquellos sujetos a horarios o a días concretos y que podían interferir con sus obligaciones en el hogar, con la familia y especialmente en la atención de los hijos, y desde siempre disfrutó del descanso sabático. Las mujeres viudas, junto a los huérfanos, siempre han disfrutado, igualmente, de una especial consideración: los agricultores debían dejar sin cosechar las esquinas de sus parcelas, pues esa porción estaba reservada para estas mujeres.

La Mishná establece que los bienes heredados por la mujer antes del matrimonio son propiedad de ella, que posee libertad para disponer de ellos; no así los que obtiene una vez casada, de los que conserva la propiedad pero no el usufructo. En caso de que el marido no sepa administrar correctamente este beneficio, la mujer puede recuperarlo. La capacidad de ser propietaria pone de manifiesto un tema de gran importancia: las herencias. Normalmente los beneficios económicos que recibe la mujer y, a los que se aludió con anterioridad, se relacionan con estos legados, aspecto de preocupación constante en las responsas rabínicas. Normalmente, a la muerte de la esposa, es el marido el que hereda los bienes; sin embargo, en ocasiones, si la mujer posee propiedades, puede ser dejadas en herencia a quien ella elija sin consentimiento del marido.

La mujer judía, una vez llegada la pubertad, tiene derecho a recibir los bienes que le corresponden por herencia. Al morir el padre de una familia compuesta por hijos e hijas, estas últimas reciben la misma porción de herencia que el miembro masculino, salvo si éste es el primogénito, caso en el que recibe el doble que sus hermanas. Si sólo son hijas, éstas se reparten la herencia a partes iguales, fueran solteras o casadas. De tal manera, la mujer judía soltera tiene más posibilidades de sustento y de una vida sin

excesivos problemas que la mujer soltera de otros pueblos entre los que los judíos vivían en la diáspora.

Pero fueron muchos más los cambios en la situación de la mujer al llegar la Edad Media.

En la Biblia está establecido que el hombre y la mujer son semejantes a Dios, por lo que el trato con el prójimo es como tratar con la imagen de Dios, a quien se debe respeto y amor. Así se concluye que el trato de unos con otros debe ser igualitario. Esta interpretación de la Ley es recomendada por hombres como Maimónides, en el siglo X, quien dice que: “Los rabinos dispusieron que una persona debe respetar a su mujer más que a sí mismo, y tiene que amarla tanto como a sí mismo. Si el marido tiene dinero, debe mantenerla de acuerdo con su riqueza. No debe inspirarle un temor excesivo, y conviene que le hable siempre con mesura. No debe estar triste ni alterado.” Así, el hombre judío debe respetar a su mujer, cuidarla y protegerla.

En el ámbito del judaísmo de aquel tiempo, existe también la enumeración de las características que debe mostrar la mujer perfecta: modestia, respeto, obediencia, generosidad y honra. Es decir, la perfección se encuentra en la posesión de las buenas maneras.

La mujer judía de la Edad Media desarrolla funciones religiosas en el hogar, es decir, las labores domésticas son consideradas como actos propiamente religiosos. Por tanto, las niñas son educadas por las madres en las tareas del hogar, preparándolas para servir fielmente a su marido cuando se casan. En ocasiones no aprenden ni siquiera a leer, pues su función principal en la vida es servir a su marido y procrear. Al no recibir instrucción religiosa, prácticamente no conocen el hebreo. Su misión es, entonces, garantizar la limpieza y el orden en el hogar, la alimentación de la familia y la educación de los hijos. También se encargan de cuidar de ancianos y enfermos y se ocupan del hilado de la lana, del lino o del cáñamo.

Debemos destacar, como característica importante en la tradición matrimonial judía la tendencia a la poligamia, muy destacada en época bíblica y en uso, aunque excepcional, en la Edad Media. El empleo de la misma se explica de diferentes maneras, bien por las ansias de crecimiento del pueblo, en ese deseo de llegar al número de almas que permitirá la redención de Israel, bien por la escasez de hombres frente al número de mujeres en la huida de Egipto, en época de Moisés.

Este aspecto diferenciador irá desapareciendo, según algunos autores, por la influencia de la comunidad cristiana sobre la judía, de tal suerte que a partir del siglo XI, tras la ordenanza de Rabí Gersom ben Yehudá, quien castiga con la excomunión a aquel judío que ose casar con más de una mujer sin permiso de ésta, el matrimonio monogámico irá imponiéndose. Sin embargo, parece que en la Castilla medieval esta *taqqaná* no se cumplirá totalmente. Será, no obstante, algo excepcional. A diferencia de Castilla, en Aragón y Cataluña este tipo de matrimonio estaba prohibido. Las ordenanzas de Rabí Gerson establecen también la obligación del consentimiento femenino para el divorcio. Esto significó un verdadero cambio en la situación de la mujer judía.

Pensadores y escritores hebreos de la época medieval, influidos posiblemente por el pensamiento cristiano del momento, conciben a la mujer como un ser mentiroso, charlatán, manipulador, del que hay que alejarse. Incluso en el Talmud, es decir, el comentario a la Ley, se asegura que la mujer hipócrita es la causa de la ruina del mundo. No por ello dejan de encontrarse en el mismo citas en las que se defiende al sexo femenino.

No obstante, y a pesar de lo recogido y expresado en la literatura, existe una clara diferencia en el trato hacia la mujer cristiana y la mujer judía por sus respectivas sociedades. Esa diferencia de trato se relaciona con la condición de la mujer judía como transmisora, a través de la sangre, de la condición de judíos a sus descendientes.

A pesar de lo que pueda parecer, la mujer no sólo trabaja en casa. Ciertamente, sus funciones domésticas son las más importantes, pero encontramos que muchas judías salen del hogar para ganarse el sustento. Posiblemente, el caso más destacado durante el medievo, no por ser la profesión más común, sino por haberse encontrado a mujeres dedicadas a este oficio en contadas ocasiones, es la medicina. En Murcia, en un documento de 1371, sobresale la concesión de licencia a la judía Jamila para practicar “el arte de cirugía”. En la Corona de Aragón existe noticia de cinco mujeres catalanas, licenciadas también en este arte. Pero, en realidad, son otros los oficios donde encontramos de manera más numerosa a la mujer hebrea de la Edad Media: lavandera, ama de cría, corredora, prestamista, partera o comadrona, plañidera, hilandera, tejedora, prostituta y barragana. Son también propietarias de tierras.

La literatura nos da, en ocasiones, una pista sobre los oficios de las mujeres judías. Yehudá ibn Sabbetary destaca con desprecio los trabajos a los que se dedican algunas de ellas: perfumistas, cocineras, brujas y panaderas.

La investigadora Rica Amran nos dice que la mujer judía en el Toledo de los siglos XIII y XIV, protegida por las leyes, actúa y se mueve casi con los mismos derechos que el hombre, aunque siempre se añade la fórmula “con permiso del marido”. La viuda judía, en Toledo, por ejemplo, recibe un 50% de la herencia del marido, además de su dote o *ketubá*. Ropas, utensilios y vivienda le son concedidos para que lleve una vida digna. La aljama, en caso de que el marido fallecido no tuviese casa propia, concede a la viuda alojamiento según su prestigio social. La legislación hebrea castellana libera de tributación a las viudas cuyas rentas no sobrepasan los cuatrocientos maravedís anuales. Se puede ver, por lo tanto, que la mujer judía no queda como un ser completamente desvalido, sino que es protegida y ayudada.

Puede decirse que, en cuanto al rol de la mujer, las leyes hebreas se pusieron a la vanguardia en aquellas sociedades en las que a los judíos le tocó vivir. Son varios los ejemplos, a lo largo de la Edad Media, de mujeres que disfrutaron de gran riqueza y autonomía. Valgan los ejemplos de Esther Kyra Handalí y de Beatriz Mendes, mujeres judías poderosas también en los campos social y político, residentes en el Imperio Otomano durante el siglo XVI.

Hay que dar un salto de varios siglos para que en 1846, en Breslau (Alemania), varios rabinos reformistas otorgaran la igualdad religiosa a la mujer. A finales de este siglo y comienzos del XX, también el judaísmo ortodoxo reconoció que la mujer debía recibir una educación formal fuera del hogar. Siguiendo esta línea, en 1917 se organizó en Cracovia, Polonia, la primera escuela para mujeres, principio del sistema educativo femenino conocido como *Beth Yaacov*, que aún existe.

Recién en 1972 se ordenó a la primera mujer rabino. El movimiento conservador comenzó a ordenar mujeres en 1984, y ya en ese año había 72 ‘rabinas’ en funciones. Esta evolución ha llevado a la mujer judía a participar activamente en distintas áreas de actividad intelectual y a compartir con los hombres los mismos derechos y obligaciones.

Sólo en los ritos de algunas corrientes de judaísmo ultraortodoxo actual existe discriminación a la mujer: separación en la sinagoga, prohibición de tocar la Torá,

imposibilidad de formar parte del número mínimo exigido en las oraciones diarias, etc. Y, sin embargo, la religión judía nunca ha puesto límites a la preparación, educación y vida laboral de la mujer. Prueba de ello es la activa presencia de mujeres en el mundo laboral e intelectual desde hace mucho tiempo. El Talmud lo formula sin vueltas, cuando sostiene que las mujeres tienen mayor discernimiento y más fe que los hombres, y que son más compasivas.

Ernesto Sábato lo sugirió de este modo: “Habrá siempre un hombre tal que, aunque su casa se derrumbe, estará preocupado por el Universo. Habrá siempre una mujer tal que, aunque el Universo se derrumbe, estará preocupada por su casa”.

En cuanto a esto, no tiene ningún sentido hablar de un pensamiento femenino. Eso más bien ha sido una caracterización hecha por la parte contraria y por lo tanto no sé lo que significa. Sí cabe hablar de personas que han transitado por el mundo del pensamiento con especial fuerza y especial capacidad de comprensión de fenómenos muy dispares, y que han ejecutado obras muy importantes, imprescindibles. Y sucede que esas personas son mujeres.

Nada mejor para ejemplificar la liberación intelectual y laboral de la mujer judía que hablar de algunas de ellas que en el último siglo formaron parte del riquísimo caudal científico, cultural y artístico europeo. He tomado para esta ejemplificación algunas personalidades muy conocidas y otras que, si no se conocen, merecen conocerse mejor. Una somera descripción de sus vidas y obras nos ofrecerá un panorama, espero, suficientemente descriptivo. Comenzaré por aquellas nacidas durante el siglo XIX.

En la política: **Emma Goldman.**

Nació en 1869, en la provincia de Kovno, Rusia (hoy Lituania), y emigró tempranamente a los Estados Unidos. Su ascendencia judía sería un ingrediente fundamental para comprender su enorme capacidad de lucha y su espíritu solidario. Emma Goldman fue una pensadora visionaria y de una considerable potencia premonitrice, pues muchas de sus ideas y de sus propuestas de los años veinte y treinta serían todavía motivo de discusión y conflicto en los años ochenta y noventa. Fue líder anarquista y encabezó las luchas por las ocho horas de trabajo, la libertad de afiliación sindical, la libertad de expresión y, sobre todo, la liberación de la mujer, para lo que propugnaba su derecho a controlar la natalidad. Adhirió a la Revolución Rusa y al gobierno de la República durante la Guerra Civil Española. Años antes, su oposición al reclutamiento de jóvenes durante la Gran Guerra le valió dos años de cárcel y su deportación en 1919. Las ideas de Goldman sobre el nuevo rol de la mujer pueden ser agrupadas en torno a tres grandes temas: El matrimonio, los niños y el derecho al aborto. Murió en 1940, cuando tenía 71 años.

En la poesía: **Emma Lazarus.**

Algunos años antes de que Emma Goldman descollara en la vida política norteamericana, otra Emma, en este caso Emma Lazarus, descendiente de judíos sefardíes portugueses, nacida en 1849 y muerta en 1887, dejaba grabado en bronce un mensaje que perdurará por siempre. Emma Lazarus es la autora del poema que, al pie de la Estatua de la Libertad, en Nueva York, clama pidiendo: “Dame tus cansadas, tus pobres, / tus hacinadas multitudes anhelantes de respirar en libertad, / el desdichado desecho de tu rebosante playa, / envíame los desamparados que botó la ola...” (“El nuevo coloso”, en *Los poemas de Emma Lazarus*, vol. 1, 1889).

En la literatura: Bertha Pappenheim.

Se la menciona en uno de los historiales de los *Estudios sobre la histeria* de Sigmund Freud como 'Anna O'. Nació en Viena, en 1859, en el seno de una vieja y respetable familia judía ortodoxa. Desde pequeña y hasta los dieciséis años, concurrió a una escuela de monjas. Era común para las niñas de familias pudientes ese tipo de educación y, como no había escuelas para las mujeres judías, la única alternativa era una católica. Allí Bertha aprendió italiano y francés y perfeccionó su inglés. Se transformó, entre otras cosas, en una hábil traductora. Además de ser una activa feminista, fue una de las primeras asistentes sociales de su tiempo. Liberar de la opresión a la mujer, y al judío de la marginación, fueron su norte. Para ello se valió del feminismo como ideología política, de la asistencia social como profesión y de la escritura en tanto recurso para la expresión de sus ideas.

En la militancia ideológica: Rosa Luxemburgo.

Nacida en Polonia, en 1895 se trasladó a Alemania adoptando la nacionalidad germana. Tras formarse en Economía y en Derecho en Zurich, trabajó como periodista y se inició en la vida política de su tiempo. Su inteligencia, empuje y capacidad –hablaba once idiomas– fueron razones para que pronto se destacara como uno de los principales dirigentes de la socialdemocracia. Su militancia socialista la llevó a intervenir en 1905 en la revolución polaca y a oponerse a la Primera Guerra Mundial, hecho éste que le significó varias penas de cárcel. Consideraba que las masas proletarias no debían participar en una contienda organizada por los gobiernos oligárquicos capitalistas, pues la verdadera lucha sería la que estaba planteada entre el capitalismo y el proletariado. Rosa Luxemburgo formó parte del grupo alemán Spartakus, que fundó junto con Karl Liebknecht y Clara Zetkin, lo que le costó ser detenida en 1919, y ejecutada durante un traslado policial.

En el teatro, la danza y el mecenazgo: Ida Rubinstein.

Nació en 1883 en San Petersburgo, Rusia, en el seno de una rica familia judía y fascinó al público de principios del siglo XX con su porte real y su enigmática sexualidad. En la casa de Ida, lo mismo que en la de muchos judíos cultivados, se recibía a artistas, sabios y escritores. Con los años habría de convertirse en uno de los motores más activos de la literatura, la música y el teatro de la primera mitad del siglo pasado. Para ella, Gabriele D'Annunzio, Paul Valéry, Paul Claudel y André Gide, entre otros, crearon textos admirables, mientras que Debussy, Stravinski, Honegger y muchos otros compusieron algunas de sus obras más notables. Una de las composiciones clásicas más populares del siglo XX, *Bolero*, de Ravel, fue el resultado de un encargo de Ida al músico francés. Su familia era riquísima y poderosa. Los Rubinstein pertenecían a esa clase de judíos cuya fortuna los elevaba por encima del desprecio y de las persecuciones de los gentiles, además de estar emparentados con otros judíos del mismo nivel, como los Cahen d'Anvers. Ida leía en latín y en griego, devoraba a los novelistas rusos y se pasaba horas leyendo literatura antigua. Pero nada la entusiasmó tanto como el teatro y la danza. Terminó conquistando a Diaghilev, quien se aseguró a Ida para las presentaciones de sus Ballets Russes en París, en 1909. Cuando estalló la Segunda Guerra y Francia fue invadida por los nazis, la situación se hizo peligrosísima para una celebridad judía como la bailarina, que entonces escapó y se refugió en Londres. Murió el 20 de septiembre de 1960. La lista de los títulos que interpretó por encargo personal a sus autores son hoy patrimonio de la humanidad, un legado de música y palabras atesorado por una mujer a quien se acusó, con frecuencia, de frivolidad y narcisismo.

Como contraste a lo anterior, una filósofa y monja: **Edith Stein**.

Fue una filósofa de origen judío y monja católica carmelita asesinada en Auschwitz, a la que el Papa acaba de nombrar Patrona de Europa. Edith Stein nació en Breslau, en 1891, y según afirmó Juan Pablo II el 1 de mayo de 1985, “concentra en su intensa vida una síntesis dramática de nuestro siglo”. Hoy, la Iglesia Católica la incluye entre sus santos. Como filósofa, fue discípula y más tarde asistente de Husserl (1916-1922), condiscípula de los participantes del círculo de Gotinga, y frecuentó también las clases de Max Scheler. Conoció a Heidegger, sucesor de Husserl, y a Peter Wust, quien describirá su itinerario desde la filosofía al Carmelo, cuando Edith tome el hábito el 15 de abril de 1934. Deportada por judía desde Bélgica a Auschwitz-Birkenau el 7 de agosto de 1942, Edith y su hermana Rosa resultaron inmediatamente seleccionadas para su eliminación dos días después de ser internadas.

En el psicoanálisis: **Melanie Klein**.

Nació en Viena en 1882. Se interesó tempranamente por el psicoanálisis infantil. En 1927 Melanie Klein fue elegida miembro plenario de la Sociedad Británica de Psicoanálisis. En 1932 publicó *El psicoanálisis de niños*, la obra más importante escrita por un miembro de la Sociedad hasta ese momento. En 1937 dio a conocer *Amor, odio y reparación*, escrita junto a Joan Riviere. Sus investigaciones son hasta hoy ejes de referencia en psicología y psicoanálisis. Murió en Londres en 1960.

En la narrativa: **Esther Kreitman**.

Esther Kreitman fue el nombre literario de Hinde Esther Singer, nacida en 1891 en Bilgoray, Polonia. Hija y nieta de rabinos, se crió en un hogar jasídico y en una familia literaria de talento. Sus padres eran grandes cuentistas y dos de sus hermanos, Shiya e Yitzjak, llegaron a ser eminentes figuras literarias. Hoy conocemos a esos hermanos con los nombres de Israel Yoshua Singer (pintor, novelista, dramaturgo y periodista) e Isaac Bashevis Singer (novelista, crítico y periodista que recibió el Nobel de Literatura). Toda esta familia escribió siempre en yidish, la lengua de los judíos del Este europeo, y Esther no fue la excepción durante su larga labor de traductora y narradora de relatos inolvidables. Esther Kreitman vivió fielmente aferrada a sus tradiciones religiosas hasta su muerte en 1954.

Y veamos ahora algunas vidas de mujeres judías nacidas en el siglo pasado.

En la filosofía: **Hannah Arendt**.

Nació en Hannover en 1906, hija única de una acomodada familia judía. Se exilió a los Estados Unidos en 1941, y fue allí donde produjo la mayor parte de su obra. Hannah Arendt tiene una obra no sólo extensa sino muy profunda que comienza antes de la segunda guerra mundial con sus debates con Heidegger. Son hoy imprescindibles, por ejemplo, sus trabajos sobre los orígenes del totalitarismo (ella fue la creadora del término) y sus obras sobre la condición humana. Dentro de las figuras de la filosofía política del XX, es una de las primeras, no simplemente una más, sino una de las más relevantes pensadoras. Para Hannah Arendt, el nazismo no constituía un fenómeno arcaico e incomprensible; era obra de esos buenos padres de familia que, insertos en un sistema político altamente jerarquizado y burocratizado, no hicieron otra cosa que “cumplir con su deber”. Reflexó en casi todos sus ensayos su ardua lucha por comprender y dar cuenta de los totalitarismos

modernos, trabajo que culmina en su obra cumbre, *Los Orígenes del Totalitarismo*, publicada en 1951. Encabezó la lista de intelectuales que percibieron que los totalitarismos no eran una prolongación de las antiguas tiranías, sino un fenómeno propio del siglo XX, que debía ser enfrentado con coraje. Casi 25 años después de su muerte, su legado aún es objeto de atentas relecturas y sus libros continúan reeditándose.

Otra filósofa e investigadora social: **Simone Weil**.

Nació en París, en 1909, en el seno de una familia de la burguesía judía. Adhirió desde sus primeros años a una interpretación mística de la vida y fue autora de varios textos en los que expuso sus amplios conocimientos sobre hinduismo, griego y sánscrito. Enseñó filosofía en la Escuela Normal Superior de 1931 a 1934. Convencida de que para comprender las luchas obreras hay que compartir las condiciones de vida del proletariado, abandonó la enseñanza y, de 1934 a 1935, fue obrera de las fábricas Renault, experiencia que describió en *La condición obrera* (1951). Al estallar la guerra civil española acudió al frente de Barcelona, donde luchó del lado de los republicanos. Poco después atravesó una crisis espiritual y se acercó a la fe católica. En 1942 se incorporó a las fuerzas de la Francia libre residentes en Londres, ciudad en la que murió en 1943. Su pensamiento analizó las más profundas causas del existencialismo bajo un prisma espiritual. Considerada una de las más grandes místicas occidentales laicas de este siglo, sus obras expresan una elevada y profunda espiritualidad.

En la pintura: **Frida Kahlo**.

Esta pintora azteca de extracción judía está considerada la mejor artista que ha dado América Latina en toda su historia. Magdalena Carmen Frida Kahlo Calderón nació en el barrio de Coyoacán, Ciudad de México, el 6 de julio de 1907, y fue la tercera hija del matrimonio de Wilhelm (Guillermo) Kahlo con Matilde Calderón. Su padre había llegado hacía más de una década de Europa, descendiente de judíos húngaros que tenían negocio de joyería y fotografía. Frida Kahlo es una de las figuras más conocidas del arte moderno, y a través de la pintura logró plasmar los sentimientos de dolor más profundos y su amor por México. Casada con el también pintor Diego Rivera, ambos dejaron una profunda huella en el arte americano en general y el mexicano en particular. La vida de Frida es un ejemplo de lucha y fuerza de voluntad. Aquejada desde niña de poliomielitis y luego afectada por las consecuencias de un grave accidente, se dedicó a poner en imágenes su sufrimiento físico. Murió en Coyoacán el 13 de julio de 1954. Tenía 47 años.

En la poesía: **Alejandra Pizarnik**.

Alejandra Pizarnik nació en Buenos Aires el 29 de abril de 1936, en el seno de una familia de inmigrantes provenientes de Europa oriental. Estudió Filosofía y Letras en la Universidad de Buenos Aires y, más tarde, pintura con Juan Batlle Planas. *Los trabajos y las noches*, *Extracción de la piedra de locura* y *El infierno musical* son sus obras poéticas más recordadas, que se fueron abriendo paso lentamente en el marco de la crítica literaria hasta alcanzar un espacio de enorme valoración en nuestros días. Se suicidó en septiembre de 1972 cuando contaba 36 años.

En la literatura: **Natalia Ginzburg**.

Natalia Levi, conocida en el mundo literario como Natalia Ginzburg, nació en Palermo en 1916, en un hogar judío poco observante. La tragedia y la profunda pasión humanista marcaron su existencia y la de los seres que amó. Su padre, Giuseppe Levi,

distinguido profesor universitario, estuvo en la cárcel por sus actividades antifascistas. La infancia y la adolescencia de Natalia se desarrollaron en Turín. A los dieciocho años publicó su primer cuento, *I bambini*. Fue amiga de Cesare Pavese, sobre el que escribió páginas conmovedoras. Cuando Natalia se casó con Leone Ginzburg resolvió firmar sus obras con el apellido del marido. Leone enseñaba literatura rusa y trabajaba para la editorial Einaudi. Comprometido en la resistencia antifascista, Leone fue confinado a un pueblito del Abruzzo. Allí Natalia escribió su primera novela, *La strada che va in città*. En 1944 su esposo, encerrado en la cárcel de Regina Coeli en Roma, fue asesinado por los fascistas. Tres años después, Natalia publicó su segunda novela, *E stato così*. En 1950 se unió al crítico Gabriele Baldini. Con su libro de cuentos *Valentino*, Natalia ganó el premio Viareggio y con *Léxico familiar* obtuvo el premio Strega. Quizá su novela más popular sea *Caro Michele*. En 1983, ingresó en el Parlamento. Su última obra de ficción fue *La città e la casa*. Murió en su casa de Roma el 7 de octubre de 1991.

En las ciencias y la literatura: **los premios Nobel.**

Dos mujeres judías, Rosalynn Sussman Yalow (Estados Unidos) y Rita Levi-Montalcini (Italia) recibieron el premio Nobel de Fisiología y Medicina en 1977 y 1986, respectivamente. La primera "por el desarrollo de radioinmuno-enayos de hormonas péptidas", y la segunda "por su descubrimiento de factores de crecimiento".

Otras dos mujeres, Nelly Sachs (Israel) y Nadine Gordimer (Sudáfrica), recibieron sus premios Nobel de Literatura en 1966 y 1991, respectivamente. La primera "por sus destacados escritos líricos y dramáticos, en los que logra interpretar el destino de Israel con gran fortaleza y precisión", y la segunda "por haber reportado un gran beneficio a la humanidad a través de una obra netamente épica".

Si quisiera ser más abarcadora, deberíamos aquí recordar a las españolas Margarita Nelken, Carmen de Burgos, Magda Donato y Juana Mordó, y a las que lucharon durante la guerra civil española, como las hermanas Paulina y Adelina Abramsson; a nuestra entrañable Violeta Friedman, sobreviviente de Auschwitz que vivió entre nosotros; a la brasileña Clarice Lispector; a Ana Freud; a Margarete Buber-Neumann; a Else Lasker-Shüler; a Rut Zernova; a Lisa Fittko; a Golda Meier y a las muchas artistas, escritoras, científicas y personalidades femeninas israelíes de la última hornada...

En fin. El panorama que os he descrito, en su arbitraria diversidad, procura dar una idea medianamente cercana a la inabarcable diversidad del particular mundo en que se inscriben algunas mujeres judías de estos últimos tiempos. Pese a ser un listado muy limitado, encontramos allí todas las extracciones sociales y culturales, todas las nacionalidades europeas y muchas de las americanas, todos los matices en cuanto a su adhesión religiosa. ¿Qué queda, en estas vidas tan apasionadas, de las tradiciones judías? Fundamentalmente una extrema sensibilidad artística y un profundo humanismo. En la mayor parte de ellas, la religión y el origen de sus antepasados es un mero recuerdo dulcemente nostálgico y en otras un lastre del que conviene deshacerse. Y, sin embargo, los hijos de casi todas ellas han seguido siendo judíos, y los sentimientos de sus mayores han sido cuidadosamente respetados.

Por supuesto, debo recordar también a aquellas mujeres que no han descollado en la pintura, ni en las letras, ni en la música, ni en las ciencias. Que simplemente han procurado atender a sus familias lo mejor posible, que han trabajado en sus profesiones

o empleos más o menos corrientes, y que conservan un sentimiento de identidad comunitaria y una religiosidad sin estridencias.

Cuando el sentimiento de pertenencia religiosa es más pronunciado, surgen en ocasiones conflictos entre la observancia de los preceptos y las obligaciones de la vida cotidiana que muchos, dentro del propio mundo judío, procuran resolver.

Hace poco más de un mes, un destacado grupo de rabinos israelíes ha elaborado una guía de conducta moral para las mujeres ortodoxas que salen a trabajar por primera vez en la vida. Las "Normas de comportamiento en los lugares de trabajo" instan a la mujer a evitar en la oficina todo lo que llame la atención: ropas elegantes o atractivas, demasiadas joyas o perfumes.

Recordemos que muchas de las mujeres ortodoxas que entraron en el mercado de trabajo son informáticas, programadoras de alta tecnología, algunas se dedican al diseño gráfico y unas pocas se han convertido en periodistas de diarios ultraortodoxos. Esa salida al trabajo de mujeres que nunca tuvieron que tomar en cuenta las normas de conducta de la sociedad laica llevó a los rabinos más destacados de la comunidad ortodoxa a dar a conocer la citada guía.

En el mundo de hoy cada día son más las estudiantes universitarias, las mujeres que trabajan fuera del hogar, que son independientes. Si no provienen de un medio familiar excesivamente laico, procuran armonizar sus convicciones religiosas con sus obligaciones profesionales o familiares. Ya a nadie, en el mundo judío, le sorprende que una rabina oficie un servicio religioso o que sea el hombre quien atienda a sus hijos. Antes bien, mucho nos sorprende descubrir que todavía quedan comunidades judías en las que el hombre se dedica por completo al estudio de la Torá y el Talmud mientras su mujer se ocupa de la casa, los ingresos económicos, los hijos...

Es por eso que, para terminar trayendo una figura femenina más cercana en el tiempo y la geografía, voy a referirme a una de las muchas mujeres judías, anónima para vosotros, y que en Madrid representa hoy un modelo de armonía entre vida moderna y vida religiosa. Me refiero a la rabanit Coty Aserín, esposa del Rabino Mayor de la Comunidad Judía de Madrid, Moshé Bendahán. Coty tiene un Master en Biología, ejerció hasta hace pocos años como profesora de Instituto, está diplomada en Naturopatía y Medicina Natural, atiende una consulta en Madrid, es madre de cinco hijos, y es pintora y ceramista. Y, naturalmente, hay que recordar que son muchas e importantes las ocupaciones a su cargo como esposa de rabino y fiel observante de nuestra religión. Dalia Levinson Marconvich, abogada en ejercicio, madre de dos hijos y presidenta de la Comunidad Israelita de Barcelona; Eva Benatar, Traductora y comprometida con los Derechos Humanos, presidenta de B'nai Brit Madrid, asociación internacional.

Graciela Kohan Starcman

Revista Raíces

Revista judía de artes, letras y pensamiento, publicada por Sefarad Editores

Apartado de Correos 16110. 28080. Madrid

E-Mail: info@revista-raices.com